

I. A. 1- HE SIDO CREADO POR AMOR Y PARA AMAR

(Padre Fundador - Ejercicios Espirituales 1963 - Día 1º)

He aquí una contemplación admirable, maravillosa. Puestos a mirar todo lo creado, desde lo más grande a lo más pequeño de este universo, todo nos lleva a esta afirmación: TODO LO HA CREADO EL AMOR DE DIOS. Los cielos imponentes, los mares con sus profundidades abismales, espectáculo grandioso que desconocemos en su fondo inmenso; las maravillas por descubrir en todos los órdenes y que atisbamos a través de lo poco que el hombre ha llegado a percibir... todo esto no es más que un cántico de amor al Señor, porque es todo ello fruto del amor de Dios.

Pero, lo verdaderamente interesante es contemplarme **yo**, creado también. O sea: yo, parte de la creación. Y si toda la creación es fruto del amor divino, **yo** soy también objeto del amor de Dios.

Al contemplarme a mí, tengo que lanzar esta afirmación con palabras de la Sagrada Escritura: "*Me ha amado eternamente*". En primer lugar, desde toda la eternidad, Él determinó crearme, y además desde toda la eternidad escogió un mundo en el cual yo fuera creado. Entre los infinitos mundos que pudo crear, en los cuales yo no estaba presente a sus divinos ojos, escogió este, en el cual yo fuera creado. Por lo tanto, desde toda la eternidad, Dios ha puesto en mí sus ojos divinos, para hacerme objeto de su amor.

Conviene, Hijos míos, que estas sencillas reflexiones no las demos por aceptadas, sin más; que no resbalen, sin más, por nuestras almas. Por algo digo "contemplación" y no "reflexionar" simplemente. Aquí no hace falta discurrir nada. Pero sí conviene **contemplar**, que es algo así como un rocío suave que cae sobre el alma: el soplo de Dios, la inspiración divina, la mano del Señor, su gracia, su luz... todo esto, humildemente pedírselo, para que estas ideas vayan penetrando en el alma como el agua dentro de la esponja. Que sea Él quien empape todo mi interior, espíritu y alma; que todo lo haga suave y dulce la luz del Espíritu Santo.

Debe el alma contemplarse a sí misma objeto de ese amor: a mí Dios me ha amado, me ama, y me sigue amando, porque me sigue haciendo objeto de su amor. Me predestinó a la eternidad. Me concede la perseverancia de cada día... En cualquier momento, aunque la luz se me esconda, y la tiniebla me rodee, aunque la incomprendición me acompañe, la ingratitud me torture, el fracaso me hunda; aunque pase por crisis terribles de espíritu, solo con esta sencilla reflexión: "*Pero Dios me mira y Dios me ama, y me amó y me amará*"; es suficiente para dejar al alma en gozo y en paz.

Creado para amar

Todo ha sido creado para entonar un himno de gloria al Señor: "*Para alabanza de la gloria del Señor*", que decía S. Pablo. Pero yo, además, he sido creado para AMARLE. El fin, por lo tanto, de esta obra maravillosa de la creación, que soy yo, es, también, AMAR AL SEÑOR.

Las criaturas inanimadas o irracionales no pueden amar, aunque solamente su presencia en la obra creadora ya entona de por sí un himno en su alabanza. Yo, criatura racional, no solo tengo que tomar parte en ese cántico universal de lo creado, sino que, además, puedo, debo AMAR, sí, AMAR yo al Señor.

Una cosa es la razón, el principio, el origen, la causa, el porqué de la creación, y otra el fin, la razón de ser, el para qué de la misma creación.

El principio de mi creación es porque Dios me ama. El por qué me ama constituye la razón, el origen, la causa, la fuente. Pero el “para que yo le ame” es el fin, la razón de para qué, la concreta finalidad, el destino.

Decimos que Dios es principio y fin de todas las cosas. Pero, si “*Dios es amor*”, luego el amor es el principio y es el fin. Él me ha creado porque me ama y me ha creado para que le ame.

Porque me amó desde toda la eternidad, me creó. Pero me creó para que yo le amara durante toda la eternidad. He aquí el principio y el fin de nuestra creación personal: somos creados por el amor eterno de Dios, para amarle eternamente en el Cielo.

Esto es, para que, eternamente, los dos, mutuamente, nos amemos en el Cielo.

Amor: principio y origen. **Amor:** prueba en la tierra. **Amor:** premio en el Cielo. Y Dios, pensando en mí, amándome desde la eternidad. Y siempre yo, en la tierra, siempre amando a Dios, mediante la gracia, que, en último término, es el amor con que correspondo al Amor. Y siempre, en el Cielo, amándose mutuamente el alma y Dios, Dios y el alma. Ni hay otro móvil en el Corazón de Dios, ni debe haber otra correspondencia en mi corazón. “Solo os pido amor, porque solo quiero daros amor”. Al fin y al cabo, eso es lo único que el Señor nos da. Y eso es lo único que el Señor nos pide. Todo cuanto el Señor nos da, porque lo exige su propio ser, que es Amor; todo, pues, son dádivas de su amor, son presentes de su amor, son pruebas de su amor. Y Él me pide solo amor, porque es la única moneda proporcionada a su don.

Entonces, todo cuanto yo quiero, puedo y debo darle tiene que ser consecuencia de ese mismo amor que yo a Él le retorno. No quiero más que amar. Por eso, no le pido más que AMOR. “Dame tu amor... que esto me basta”. Es lo único.

Conviene, Hijos míos, que esta contemplación la hagáis suavemente, pero muy profundamente, de tal manera que vayáis excluyendo todo aquello que no caiga dentro de este enfoque y de esta perspectiva.

Queden, pues, como epílogo, estas sencillas palabras: He sido creado por el amor de Dios, para amarle aquí en la tierra, y mediante esto, amarle siempre allá en el Cielo.

Venerable padre José María García Lahiguera